

# E L O G I O            D E L            A G U A

Alabada seas, agua simple, agua fresca, agua pura. Para ti mi primer elogio, madre de la vida y a un tiempo transparente doncella, siempre virgen en tu asombro sin rubor, siempre tersa en tu pétalo sin perfume, siempre casta en tu carne sin manchilla.

Salgo de tu limpia entraña como un jovial delfín, como una amable deidad purificada, a tejer tu encomio, a loar tu caricia, a cantar la flor indestructible de tu gracia.

Agua del Bautista, del que venía del desierto con la boca seca, el ojo ardiente y empapada el alma en profecías; agua latina del manantial Clitumnus, que tañe en el gorgoteo angélico del pobrecito de Umbría y corre victoriosa en los versos de Carducci; agua del Océano, donde en mitológico tropel giran las nereidas y Adamastor sopla su furiosa caracola; agua que atraviesa la Biblia y sus paisajes de sed, desde el cántaro de Rebeca a la bondad de la Samaritana, rugiendo en el Diluvio del Génesis, susurrando en los oasis del Exodo, danzando en la invocación de los Números; agua de Clepsidra, de Perseia, de Pirena, fuentes sabias como las cigarras, que surgían con perenne murmullo del seno de la tierra, que amamantaban a las ciudades, que enseñaban a caminar a los ríos, que henchían a las nubes, únicas diosas del aristofanesco empíreo.

¡Cómo no he de sembrar de laurel tus corrientes, cómo no he de bordar con doradas espigas tus humildes túnicas, si eres la engendradora de toda virtud, la reparación de toda ofensa, la sonrisa inextinguible de toda poesía!

Ruda en el hielo, tenue en la niebla, feroz en el mar, encantada en los arroyos,

melancólica en los lagos, meditativa en las altas frentes de los cirrus, no sólo eres el *arché* de Thales, la sustancia primordial del hombre, sino también su imagen, su doble géntil, su fantasma incoloro, su mojado querube.

Tu gota lenta suena en las cavernas como el pulso escondido del mundo; tus jaurías misteriosas rastrean en las napas el secreto de la geología; tus torrentes devastan las montañas, surcan de cicatrices las mejillas de las llanuras, sedimentan los valles donde brotan los álamos y lirios; y así llenas al planeta de oquedades, de insignias azules, de verdes testigos de tu paso, de guirnaldas fragantes, de arcoiris multicolores.

¡Ay de los tristes santos de las edades oscuras que te expulsaban de sus ermitas, que te enajenaban sus cenobios, que te hurtaban sus cuerpos torturados!

¡Ay de los que se bañaban en el Eurotas y tenían el ánimo magro y la lengua mendaz!

¡Ay de los que no se bañaban en el Eurode tus ágiles delicias, de tus tenues vestidos, de tus frías manos presurosas, de tu cintura alada, de tus bellos talones incansables, oh divina bayadera, húmeda bacante, criatura inmortal de la alegría!

Y dichosos quienes buscan en ti salud para su espíritu, manto para su desnudez, consuelo para su pensamiento sitibundo.

Porque ellos son los que te eligen para patria eterna y se hunden silenciosos en tus soledades sin memoria para renacer luego en las claras albricias de la lluvia, en los tiernos paraísos de la hierba y en los dulces Hosannas de los ríos.

D A N I E L            D .            V I D A R T

